

EL BARÇA EN "BALLOTAGE"

DURANTE la semana anterior al partido Barcelona-Español hubo una total orquestación en torno al más que previsible triunfo del Barcelona. Televisión Española dijo que la Liga estaba casi casi en manos del club azulgrana. Y cuando Televisión Española dice una cosa así sobre el Barça, es que la suerte está echada. La prensa de la ciudad apostaba casi unánimemente por la victoria del Barcelona y por la irresistible marcha consiguiente hacia el título de campeón de Liga.

Los prolegómenos del partido fueron consecuencia de este ambiente. Un lleno apabullante. Doce millones de recaudación (hay que tener en cuenta que los 60.000 socios del club no pagaban). Casi una bandera azulgrana «per cápita» (había casi cien mil «cápitas»). La gente se echó al campo y recorrió los márgenes armada de gritos de aliento al Barça, pancartas, banderas, bufandas, gorras. Como islas en el mar azulgrana, de vez en cuando se veían los colores blanquiazules.

El señor Meler, presidente del Español, había regresado de Filipinas (es gerente de la Compañía de Tabacos de Filipinas) para presenciar el encuentro. El señor Montal, presidente del Barça e importante fabricante textil, compartía con su antagonista los honores presidenciales del palco. Un cierto clima de «fair play» entre el público, los dirigentes y los jugadores. Porque al empezar el partido se vio que la disputa sería ardua, pero los jugadores se comportaban con lo que suele llamarse «extrema corrección». Y aunque el público del Barça se la tenga jurada a De Felipe desde que arrasara a Bustillo, no estalló ni siquiera la violencia verbal contra el defensa españolista. Aunque los seguidores del Español opinen que Gallego es el ángel exterminador de Amiano, no brotó el característico grito: «¡Asesino!» de ninguna garganta españolista.

Paz y corrección. Incluso diez minutos de buen fútbol, punzante y con afán de victoria por parte del Barcelona.

Y el resto, silencioso. O poco cosa más.

Plomo en las botas

Días atrás, en un coloquio, Rexach declaró que a veces sale al campo con mucha confianza en sí mismo y de pronto se da cuen-

DEL "CUENTO DE LA LECHERA" AL "CUENTO DE LA CENICIENTA"

ta de que lleva plomo en las botas. Algo así debió ocurrirles a los jugadores del Barcelona en los ochenta minutos restantes de partido. El Español creó un juego disperso, como inmotivado, y la inmotivación acabó por contagiar a los jugadores del Barça. Daba la impresión de que los veintidós jugadores corrían para liquidar el duro expediente, pero no muy convencidos de que el partido lo fuera a ganar alguien. La mejor retina para este partido hubiera sido la de Becket. El habría comprendido perfectamente que veintidós hombres jugaban a no jugar, a no ganar, a no empatar, a no marcar goles, a que no se los marcaran.

Esta situación tan literaria y tan absurda fue liquidada por Gallego. El hasta entonces mejor jugador de los veintidós acude a enmendar el fallo de un compa-

ñero, despeja la pelota, cae al suelo e instintivamente la aleja con el brazo. Es el segundo penalty grave que comete Gallego en el campo del Barcelona. El primero fue en un partido Barcelona-Madrid lleno de pasión y responsabilidad representativa. Se acercaba el final del partido con un empate a cero. De pronto, Gallego salta para despejar la pelota. Pero no la despeja: la bloca por alto con un estilo que le envidiaría el mismo Iribar. El defensa, todavía en el aire, se da cuenta de su acto e intenta darse impulso para caer fuera del área. Inútil. Penalty. Gol del Madrid. Victoria del Madrid.

En el partido que nos ocupa, Gallego cometió un penalty absurdo que merecería un cierto interés por parte de los psiquiatras. ¿Autodestrucción? Lo curioso es que Gallego sigue siendo el

jugador más regular, vocacional, constante del fútbol español.

También fue curiosa la reacción del público. En cierta manera, se confirmó la tendencia optimista y un tanto masoquista de los seguidores azulgranas. La desilusión se convirtió inmediatamente en conformismo, como si al cabo de trece años de cogito interruptus con la Liga, lo normal fuera no llegar a los últimos placeres.

Donde aparece Cenicienta

Algún comentarista deportivo ha escrito que la derrota del Barcelona pone fin al «cuento de la lechera». El clima creado sobre la virtualidad del triunfo del Barça en la Liga ha podido ser ese plomo infiltrado en las botas de los jugadores azulgranas o esa inconcendencia autopunitiva del excelente jugador Gallego. Pero frente a ese mito de la lechera con la jarra rota, los medios informativos empiezan a construir el mito

Al empezar el partido se vio que la disputa sería ardua, pero los jugadores se comportaron con lo que suele llamarse «extrema corrección». Y aunque el público del Barça se la tiene jurada a De Felipe desde que arrasara a Bustillo, no estalló ni siquiera la violencia verbal contra el defensa. (En la fotografía, De Felipe despeja el balón ante Pujol.)

